

Jairo: El hombre que iluminó con su existencia

Y quizá ese fue siempre tu destino,
aunque muchas veces
la vida pareciera empeñarse
en cubrir tu luz con nubes.

No fuiste un hombre perfecto.

Fuiste un hombre verdadero.

Con batallas que muy pocos entendían,
con silencios que nadie escuchaba,
con pensamientos profundos
que muchas veces quedaron
atrapados detrás de una mirada
que el mundo no supo interpretar.

Pero quienes tuvimos el privilegio
de caminar a tu lado
sabemos quién eras realmente.

Eras un hombre noble.

De esos que jamás aprendieron
a hacer daño por placer.

De esos que seguían creyendo
en la bondad,
aun cuando la vida
parecía negársela una y otra vez.

Tu corazón
siempre fue mucho más grande
que cualquiera de tus dificultades.

Y aunque muchas veces
la sociedad solo vio tus luchas,
nosotros hoy elegimos recordar
la inmensa riqueza
que habitaba en tu alma.

Porque una persona
no vale por aquello que le falta,
sino por el amor
que es capaz de entregar.

Y tú,
sin darte cuenta,
nos enseñaste
que la verdadera grandeza
no consiste en vivir sin heridas,
sino en seguir siendo bueno
a pesar de ellas.

Hoy tu silla permanece vacía,
pero tu historia
llena esta casa.

Llena nuestras conversaciones.

Llena nuestros recuerdos.

Y, sobre todo,
llena nuestro corazón
de una pregunta
que jamás deberíamos dejar de hacernos:

¿Estamos aprendiendo a amar más
a quienes todavía caminan junto a nosotros?

Tu vida nos deja una misión.

Abrazarnos antes.

Perdonarnos antes.

Escucharnos antes.

Decir "te quiero"
antes de que el tiempo
nos robe la oportunidad.

Que ninguna diferencia
sea más grande
que el amor de una familia.

Que ninguna herida antigua
sea más fuerte
que el deseo de volver a unirnos.

Porque si algo nos regalaste,
Jairo,
fue recordarnos
que todos llevamos batallas invisibles

y que cada ser humano
merece ser visto
con los ojos de la misericordia
y no con los del juicio.

Hoy comprendemos mejor
el significado de tu nombre.

Jairo: el que ilumina.

Y sí...

Iluminaste.

No porque tu camino
fuera fácil.

Sino porque, incluso en medio
de tus noches más largas,
nos dejaste una luz
que jamás se apagará:

la luz de la compasión,

la luz del perdón,

la luz del amor familiar,

la luz de la esperanza.

Mientras vivamos,
seguirás caminando
en cada gesto de reconciliación,
en cada abrazo sincero,
en cada palabra de aliento,
en cada corazón
que decida amar un poco más.

Porque hay vidas
que no se miden por los años,
ni por las victorias visibles.

Hay vidas
que se miden
por la huella
que dejan en quienes las amaron.

Y la tuya,
querido Jairo,

no terminará nunca.

Seguirá iluminándonos,
como la primera luz del amanecer,
recordándonos que el amor
es siempre más fuerte que las heridas,
y que quien ha sembrado bondad
jamás desaparece del todo.

Solo cambia de horizonte.

Y desde la eternidad,
su luz
continúa brillando
en el corazón
de quienes nunca dejarán
de amarlo.

AUTOR: GERARDO IVÁN TORRES MAYA